

DIVORCIADOS VUELTOS A CASAR

Wiederverheiratet, Stimmen der Zeit 213 (1995) 75-88.

Dentro y fuera de la Iglesia católica se ha producido en los últimos decenios un intenso deseo de revisión de la pastoral del divorcio, aduciendo argumentos razonables y de peso. Se trata, ante todo, de un hecho real: la importancia creciente, en nuestra fría y cambiante sociedad, de espacios marcados por el amor y la estabilidad. *Toda persona humana necesita para su supervivencia (psíquica) sentir un techo sobre su alma*. En nuestra vida moderna es difícil construir un hogar y mantenerlo en condiciones de habitabilidad. Cuando un espacio habitual se hace inhabitable, un creciente número de sujetos afectados piensa que puede y debe alejarse de él. Tenemos un ejemplo en el aumento continuo del porcentaje de divorcios, incluso entre esposos cristianos. Estamos ante una situación nueva, en la que el tradicional derecho matrimonial de la Iglesia católica parece quedarse estrecho: no tolera a los divorciados una segunda unión bajo ninguna circunstancia o en forma muy rígida (sin usar del que, paradójicamente, se denomina "segundo" matrimonio). La autoridad de la Iglesia, aferrada a la posición tradicional, está sufriendo quebranto entre el pueblo fiel.

Pero vayamos por partes.

Necesidad (psíquica) de un techo acogedor

Desde siempre hubo centros sociales para acoger a niños, jóvenes o ancianos. Pero nunca como ahora la vida social fue tan tremendamente calculadora y funcional. Para sobrevivir necesitan las personas un espacio/hogar que les permita experimentar respeto y autovaloración, que favorezca el desarrollo personal con independencia de su "triunfar o tener", que obligue por amor a acoger y a ser acogido.

De la importancia de estos pequeños ámbitos de subsistencia hablan los hechos: separaciones conyugales y divorcios se cuentan hoy entre los principales indicadores del estrés; los divorcios ocupan un puesto muy alto en las estadísticas de suicidios, especialmente entre los hombres.

La pregunta es obvia: si el techo protector del alma (la relación de persona a persona) se vuelve de hecho inhabitable, ¿no se dará a veces obligación moral de ruptura familiar por superiores motivos de supervivencia? Esto significa que separación o divorcio no siempre suponen culpa moral personalmente imputable. Pero hay más todavía, ¿no se da hoy frecuentemente la obligación de buscar una segunda relación familiar-matrimonial para facilitar la supervivencia de los hijos o de los familiares mayores?

Los que se casan de nuevo mayoritariamente "se han sentido incapaces de renunciar, para el resto de su vida, a un matrimonio contraído sólo civilmente". Su decisión expresa menos una falta de moral que una irreductible voluntad de supervivencia; y simultáneamente, pone de manifiesto que tales personas no renuncian al sueño de una vida estable y acogedora en familia, no obstante las angustias vividas ya en el naufragio de su primer hogar. Desde una

perspectiva humana, debemos dar gracias a Dios por ello. La alternativa sería para muchos un no-poder-sobrevivir.

Naturalmente, unos análisis serios no van a negar que también pueda estar en juego una culpa mutua. Pero en modo alguno las historias de divorcios y segundas relaciones tienen su único origen en una culpa. Con frecuencia son manifestación (¿simultáneamente?, al menos para una parte) de alentadoras historias de voluntad de sobrevivir. Pecado y tragedia, voluntad e impotencia van íntimamente entrelazados. Reconozcamos nuestra incapacidad para delimitarlos correctamente. La palabra de Jesús cobra aquí urgente actualidad: "No juzguéis, para que no seáis juzgados" (Mt 7,1; Mc 4,24 y ss; Lc 6,37 y ss; Rm 2,2 Co 4,5).

Le quedan únicamente al cristiano los sentimientos de compasión y de misericordia, recordando la queja de S. Pablo en Rm 7,17: no hacemos lo que queremos y hacemos lo que no queremos. Nuestros fracasos son continuos. ¿Quién podrá librarnos? "Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor" (Rm 7, 25).

Fracasar, a pesar de las nuevas disposiciones

La sociología descubre cada vez más claramente que las viejas estructuras (instituciones y normas) protegen ya poco al individuo. Incluso la tan alabada solidaridad se ha debilitado, especialmente en tiempos de crisis. Añádase a esto el creciente número de los desengañados, víctimas de una secreta aspiración de felicidad buscada en la práctica de la religión. Cerrado así el cielo en el horizonte de la cotidianidad, la felicidad se busca en el trabajo, en el ocio y en el amor. El amor ejerce una especial atracción en orden a la felicidad, pero acaba mayoritariamente en fracaso. "El amante busca en el fondo de su corazón un dios, a alguien que llene sus aspiraciones sin medida y sin límite, esto es, eternamente, infinitamente. Las parejas así se lo prometen, pero ¿quién es capaz de hacer realidad esta ilusión? Y se ignora entonces la primera virtud del amor: la compasión. Perdonar al amado que no pueda ser ni dios" (R. Bleistein).

Necesaria revisión del tratamiento dado a los divorciados

Ante el aumento de separaciones y divorcios, una vez demostrado que los divorciados apenas pueden vivir solos y que frecuentemente ni deben mantenerse en tal situación, ya que está en juego la supervivencia (propia o de los hijos), la pastoral matrimonial de la Iglesia se siente masivamente desafiada. ¿Verdaderamente no hay razones teológicas que permitan/obliguen a ensanchar el tradicional marco de la moral matrimonial?

Los un día abandonados han de luchar ahora solos por su vida, por sus hijos y por sus mayores, con problemas psíquicos y también económicos. Naturalmente se desconciertan al no experimentar de parte de la Iglesia un respaldo espiritual generoso, sin limitaciones.

Muchos están resentidos y aun enfermos por el lenguaje poco comprensivo de algunos dirigentes, que condenan y desacreditan a los divorciados y los movimientos pastorales en su favor. Ni pueden entender que se les exija la "comunidad eclesial" (*in vita*), pero se les niegue la "comunidad eucarística" (*in sacris*).

El trato que se da al dolor de muchos separados ha impresionado a algunos pastoralistas y han empezado a contemplar los divorcios desde puntos de vista cristianamente más amplios. Así los obispos del Rin superior, Oskar Saier, Karl Lehman y Walter Kasper, - con el beneplácito de otros muchos obispos y comisiones eclesiales- en cumplimiento de su deber (Lc 22,32), han propuesto un camino que creen teológicamente válido. Pero a su alrededor ha surgido, entre tanto, una polémica, la más interesante en la Iglesia católica, desde hace muchos años.

¿De qué se trata, pues, realmente? El atento observador tiene la impresión de que, calculadamente, se deja de lado el verdadero tema en discusión.

Puntos indiscutidos y puntos cuestionados

No se discute la indisolubilidad del matrimonio; *ni se impugna* el deber de la Iglesia en su misión de defenderla: "Estamos convencidos de que no podemos disponer libremente del mandato de Cristo en lo que se refiere a la indisolubilidad del matrimonio válidamente celebrado". *No se discute* que los matrimonios puedan romperse y *nadie afirma* que, en cada caso, se trate de una "culpa grave" personalmente imputable.

Sólo se habla de una oposición objetiva entre la infidelidad real de una segunda relación de pareja y la fidelidad de Cristo a su Iglesia, manifestada en el sacramento eucarístico. *No se discute* tampoco que los divorciados, que viven en segunda unión estable -sea por los hijos (*Familiales consortio*, 84), sea por razón del consorte (así los obispos de Austria en 1990) o quizás a causa de los familiares mayores o moribundos- podrían y deberían libremente y sin culpa moral abandonar a su compañero/a sentimental.

Se *cuestiona* que la solución oficial (esto es, posibilidad de mantener una relación familiar, viviendo como hermano y hermana, "renunciando a los actos reservados a los casados" (*Familiales consortio*, 84) sea hoy (!) pastoralmente eficaz y humanamente factible. Se *cuestiona* que la solución oficial pueda o deba ser exigida estrictamente como la única posibilidad cristianamente válida. Pero realmente ¿no se da otra posibilidad, desde la teología, que exigir, en cada caso, a los civilmente casados, la renuncia a los actos conyugales, si pretenden recibir los sacramentos? Sin duda alguna hay en estos momentos una postura obligatoria del magisterio que no puede ser tratada de cualquier manera ni por los cristianos ni por los dirigentes.

Interpelaciones a la posición oficial

Toda una lista de razones permite suponer que en la Iglesia católica el horizonte de la pastoral de divorciados y casados de nuevo podría cristianamente ampliarse, sin faltar a la fidelidad al Jesús de los Evangelios. Veamos a continuación algunas de ellas de una forma que invite a la reflexión.

Perspectivas ecuménicas. Durante siglos la Iglesia católica ha respetado la praxis de las Iglesias ortodoxas y orientales, incluso en el Concilio de Trento.

La praxis del Oriente es en cierto modo más rígida y a la vez más tolerante: el matrimonio conserva su mística realidad más allá de la muerte y el viudo/a no puede de

momento contraer segundas nupcias. El clérigo que lo intenta pierde su misión pastoral. Pero, por otra parte, se le encomienda al obispo procurar el bien espiritual de sus fieles de acuerdo con la *oeconomia salutis*. El deber de gobernar según el "principio de la misericordia" ha llevado a regular el divorcio: previo un tiempo penitencial, se admite la posibilidad de segundas nupcias (hasta tres en caso de necesidad manifiesta). Se cita como fundamento 1 Tm 5,14 (hoy resulta claro que en el matrimonio se busca menos el apaciguamiento sexual que el techo psíquico que permite sentirse protegido).

De esta secular praxis en la Iglesia oriental se deduce que hay otras posibles soluciones cristianas. Si nunca fueron condenadas ¿por qué no declarar práctica universal de la Iglesia todas las variadas formas cristianas de pastoral matrimonial? El Vaticano II llama hermanas a las Iglesias de oriente y admite en la Iglesia la comunión sacramental de los divorciados vueltos a casar según el derecho cristiano oriental. Si el documento romano presenta la postura católica como universalmente única debemos entender que o se opone al Concilio o está en un simple error. Muchos católicos apelan a la práctica oriental.

Fundamento bíblico? ¿Por qué -a diferencia de las Iglesias orientales- la Iglesia católica se fundamenta sólo en una parte de las tradiciones bíblicas? Las primeras comunidades ya habían previsto excepciones pastorales, sin menoscabo de su exigente fidelidad a Jesús. Es la orientación mantenida por la tradición oriental. La *Familiaris consortio* exige la renuncia a los actos conyugales "por fidelidad a la Biblia" y el documento romano insiste en atribuir al magisterio universal de la Iglesia, fiel a la Sagrada Escritura y a la Tradición, el derecho de anunciar e interpretar el depósito de la fe. Podría producir la impresión de que esta interpretación selectiva es la única forma de fidelidad a la Escritura y a la Tradición. Las restantes Iglesias cristianas serían, por tanto, infieles a ellas.

Comunión espiritual. Llegamos al cuestionado argumento central para prohibir la comunión sacramental a los divorciados casados civilmente: la objetiva infidelidad al amor conyugal, permanente en la segunda relación, contradice la fidelidad de Cristo a su Iglesia, que se expresa en los sacramentos de la eucaristía y del matrimonio. Se suscitan aquí diversas preguntas: ¿puede un argumento de indiscutible valor simbólico-estético negar a un grupo de fieles la comunión sacramental, que posee, sin duda, las funciones de sanar, perdonar y expresar la unión entre el alma y Dios? ¿no "comulgó" Jesús sin previas condiciones con los "excomulgados" de su tiempo, mientras trataba con dureza a los oficialmente piadosos?

Pero hay más. Como intento desafortunado de benevolencia pastoral, ¿no resulta peligroso apelar a una vieja tradición espiritual, como hace el documento vaticano, para afirmar que los divorciados vueltos a casar, en su situación de conciencia, pueden perfectamente "*comulgar espiritualmente*"? Teológicamente hablando, con la comunión espiritual se obtiene lo mismo que con la sacramental, si exceptuamos la recepción del signo eucarístico. Además, se supone que los que comulgan espiritualmente, por razón de su contrición perfecta, podrían también de hecho comulgar sacramentalmente, si no se opusiesen impedimentos externos. Pero aquí es justamente la Iglesia la que impide recibir el signo sacramental a los que pueden comulgar espiritualmente con Dios. Con semejante praxis ¿no amenaza la Iglesia sus propias raíces? ¿Cómo no va a poder ser representado sacramentalmente lo que existe en realidad? ¿No resulta así superfluo el sacramento y, por consiguiente, la propia Iglesia?

Por lo demás, en bastantes ámbitos la actual dirección de la Iglesia propende a sacrificar las estructuras salvíficas eclesio-sacramentales en aras de otros valores sin duda importantes. Así, ante la enorme escasez de párrocos, las eucaristías ceden el paso a otras celebraciones dominicales no sacramentales. En caso de necesidad -se arguye- la vida parroquial es posible sin los sacramentos de la eucaristía y del orden. Pero ¿qué sucedería si aplicásemos la teoría de la comunión espiritual a una ordenación espiritual y a la praxis de la confesión y de la unción de los enfermos?

Conciencia y norma objetiva. Finalmente está sobre el tapete la cuestión importantísima de cómo enfocar pastoralmente la relación entre las normas objetivas y la historia única de cada sujeto, entre magisterio y conciencia. Comprensiblemente preocupada por la subjetivización de las formas de vida tradicionales, Roma ha tomado partido por las instancias objetivas, otorgándoles la exclusiva. ¿No es esto abandonar la antigua tradición teológico-moral, que para valorar una acción concreta exige los puntos de vista objetivo y subjetivo? ¿No induce a error presentar el aspecto subjetivo siempre como depravado? Una persona puede muy bien comprender la gravedad de un divorcio o separación y sus consecuencias en una nueva unión. Pero la cuestión está en conocer el grado de libertad de que dispone. Edipo, sin saberlo, se convirtió objetivamente en un parricida. Pero ¿es que la moral cristiana debe reincidir en esa "opción griega"?

Vivimos una época en la que el papel de la conciencia y los derechos del individuo han cobrado un valor importante tanto en ámbitos culturales como eclesiales. Tanto más arriesgada debe considerarse la posición del documento romano, "si un lector imparcial lo debe entender como una muy seria prohibición, por toda la vida, de recibir la eucaristía y ello con total independencia ya de culpa o inocencia personal, ya también de la más seria duda en el ámbito de la conciencia sobre la validez del primer matrimonio o sobre la capacidad de los contrayentes, ya finalmente de los signos de escándalo permanente o de una vida decididamente cristiana" (R. Stecher).

En la práctica ¿cómo justificar que un cristiano, sin conciencia de culpa grave personal, tenga prohibida la comunión sacramental? ¿Es justo exigir la confesión de una culpa, en la que no se reconoce responsabilidad personal? ¿Es realmente lícito decir -sin suscitar sospecha de sacrificar las personas en aras de los sacramentos- que los cristianos en situación irregular involuntaria deben renunciar al sacramento eucarístico para salvar la indisolubilidad del matrimonio?

¿Acomodar la norma a la praxis? El actual espíritu democrático suscita frecuentemente el reproche de querer acomodar frívolamente la ley a las nuevas costumbres, que siempre se suponen malas. Quizás debería la ley confrontarse siempre con la doctrina y, sobre todo, con la praxis de Jesús. El Evangelio en modo alguno apoya la antigua norma de la Iglesia romana, en forma tan clara como afirman sus defensores. Jesús fue en la práctica, en casos concretos, tan comprensivo como entendía corresponder al proyecto original de Dios sobre los que se aman. Jesús se manifestó sin compromisos contra el divorcio de todo matrimonio (en el derecho de la Iglesia se admiten excepciones), y al mismo tiempo fue un comprensivo médico para quienes no consiguieron la madurez en el amor.

Estado diversificado de opinión

Estamos también en condiciones de referirnos a los variados aspectos de la opinión pública que se desprenden de la encuesta realizada en Austria en 1990 sobre el matrimonio, el divorcio, las nuevas relaciones civilmente estables y el tratamiento que la Iglesia da a estos nuevos problemas. Los datos muestran una preocupante discrepancia entre el documento romano y el sentir del pueblo fiel.

Las muchas historias de dolor humano dicen que en pastoral "hay tanto en juego, que no se puede jugar con almas heridas".

Globalmente. Sólo una pequeña minoría (13%) se entusiasma con la prohibición del documento romano. Tiene poca aceptación el repetido argumento de que los divorciados desorientan a los casados (19%) o que la tolerancia de la Iglesia debilita la estabilidad del sacramento (16%). El mayor asentimiento lo obtiene una posición, hoy por hoy no admitida a discusión en la Iglesia: los divorciados sin culpa personal deberían poder celebrar segundas nupcias en la Iglesia (76%).

Atendiendo al contenido, podemos condensar las múltiples opiniones particulares en cuatro grupos:

1. La primera actitud expresa *comprensión* para con las personas divorciadas. 2. Una segunda postura manifiesta *preocupación* por el actual debilitamiento del matrimonio institucional. 3. Un tercer grupo quiere la *estabilidad* del sacramento, en estrecha dependencia con la vida cristiana de la pareja. 4. Otros finalmente postulan una *acomodación* de la Iglesia a las necesidades de los tiempos. Les resulta difícil vivir en "disonancia" con lo que hoy se considera culturalmente correcto.

Desde la psicología, hallamos las posturas contradictorias de comprensión y de rechazo agrupadas en cuatro tipos: a) *El rechazo total* del divorcio (5%) es defendido por los que piden firmeza y autoridad; son personas que necesitan tutela psíquica; en ellas la religiosidad juega un papel secundario. b) *Rechazan* también el divorcio, pero manifiestan cierta comprensión por las personas (16%) los que razonan desde sus vivencias religiosas (la salvación eterna, etc.). La actitud de estos dos tipos se fundamenta preferentemente en causas psicológicas. Son dos grupos pequeños, sin problemas respecto al documento romano, del que se alegran. c) Un grupo muy particular (19%) se manifiesta totalmente *indiferente* respecto al problema; está mejor representado por hombres que por mujeres. d) Finalmente el grupo de los que manifiestan *comprensión* por la *persona* frente a las instituciones es muy numeroso (59%). Este cuarto tipo amalgama motivos y sentimientos discordantes: desean la acomodación de la Iglesia a los tiempos modernos; manifiestan poca solidaridad con la Iglesia; les importa poco la estabilidad del matrimonio y pertenecen preferentemente a grupos sociorreligiosos. Son pesimistas respecto a las posibilidades de éxito de los matrimonios en las presentes circunstancias. De ellos ha de esperarse el rechazo del documento romano y el sentimiento de no ser comprendidos.

Es clara la importancia de este grupo en la pastoral: constituye una mayoría que manifiesta *comprensión* por la situación de los divorciados y vive en relación con aquella cultura, cada día más extendida, que tiende a disentir de la Iglesia. Debería por ello ser causa de grave preocupación pastoral para sus dirigentes. Las llamadas y avisos

morales les importan poco. De nada sirve exigirle al cojo que apresure el paso; de nada sirve que se le castigue. Los enfermos necesitan atenciones, no sanciones.

Previsiones de futuro

Prever el desarrollo de esta problemática en la Iglesia católica no resulta fácil. Podemos asegurar que el claro aviso de la Congregación romana, en verdad muy importante, con toda probabilidad no ha de ser la última palabra en este punto. Pues no ha resuelto viejas cuestiones y, en cambio, (felizmente) ha planteado otras nuevas. Seguirán los debates teológicos.

Hasta hallar una solución "católica" (y naturalmente ecuménica) pueden augurarse también nuevas experiencias pastorales, que no serán las mismas en todas las Iglesias locales. Nuestro optimismo tiene un símil en la procesión danzante de Echternach: se da primero un paso atrás y luego con firmeza dos al frente.

El paso atrás se ha dado: todo el mundo está preocupado por la seguridad y la fidelidad inquebrantable; todos sienten el poder doloroso de las discrepancias. Ahora se está preparado (al menos retóricamente) para aprender la "obediencia" a partir del dolor de los divorciados (Hb 5,8). Todos reclaman, como Jesús, el cumplimiento del proyecto original de Dios sobre los que se aman: el matrimonio es, para toda la vida, el hogar que ofrece al alma humana la posibilidad de crecer en plenitud.

¿Huida ante mayores exigencias?

Una visión global del tema no impide preguntarse si las disputas teológicas sobre la praxis sacramental interesan a una parte importante del pueblo de Dios. Los fieles esperan de la pastoral una salvación del amor conyugal: las estrechas normas del derecho no van a estrechar los lazos del amor matrimonial.

En nuestro mundo el amor está amenazado en sus mismas raíces por el falso deseo de encontrar el cielo en la tierra (no en el sentido de iniciar la felicidad del Reino). Las personas hacen grandes esfuerzos por ansia de un rápido bienestar y de una vida, a ser posible, sin dolor. Pero a la vez viven en ansiedad, puesto que en brevísimo tiempo pueden perder la felicidad del amor. Es una posibilidad ideal para la pastoral. El amor cristiano puede dilatar el mundo personal de los amantes, presentar la vida como una especie de preñez abierta a una nueva vida llena de sentido, invitar a caminar en comunión para descubrir en el mutuo amor una imagen de la auténtica felicidad del cielo/hogar que todos esperamos.

En interés de la supervivencia humana, las Iglesias deberían procurar que todas las personas puedan tener un techo sobre su alma. La vida es más importante que la obligación de vivir en situaciones socialmente regulares. Los hombres de Iglesia deberían ver en el divorcio historias de dolor, deberían procurar que su lenguaje y su praxis sea parecida a la de Jesús, quien jamás sacrificó un solo paciente al más santo de los preceptos de Israel: el descanso sabático (Mc 2,23; 3,4-6).

¿No es misión de las Iglesias llevar a los hombres a la casa del Padre? Desde el amor aprenden los que se aman a perdonarse, a mimarse, a soportarse. Carentes de la suficiente experiencia en los fundamentos místicos del amor, las Iglesias sucumben a la tentación de prometer una felicidad con obligaciones morales y coacciones legales.

Tradujo y extractó: FRANCESC CASAÑAS